

Don Faustino Romero y su enfermedad

Por: J.J. Alanís

Esta historia se la contó mi abuelo a mi padre, mi padre me la contó a mí y yo no tengo hijos, así que se las cuento a ustedes. Mi padre me la ha contado tantas veces que he perdido la cuenta, pero le pedí que me la contará una vez más, con el mayor detalle posible, porque quiero transmitirles la emoción que yo siento cada vez que la escucho. Además, quiero que entiendan, que se sitúen y que vivan en esa realidad que ha dejado de existir, a la que solamente pude conocer en dos ocasiones, porque ese lugar donde aconteció todo, está casi extinto, no resistió el paso del tiempo, está perdido en algún parte de la frontera del estado de Guerrero con Michoacán, no aparece en los mapas, pero existe, de eso si soy testigo.

Ese hermoso lugar, se llama, Atotonilco, esta historia que les relato ocurrió el siglo pasado, a mediados de los años cincuenta. En este lugar, olvidado de la mano de Dios, la vida era tan ordinaria como en cualquier ranchería de la región, no había agua potable, no había luz, no había drenaje, no había tiendas, no había camino pavimentado, hasta la fecha no hay nada.

Sin más preámbulo he aquí la historia de Don Faustino Romero y su enfermedad.

Una familia se apellidaba Romero Valdés, el jefe de la familia era hacendado, de alrededor de 60 años, viudo, tuvieron mucho ganado y mucho dinero, pero llegó la época en que el gobierno despojó a los terratenientes de sus tierras para repartirlas entre los campesinos y don Faustino tuvo que salir huyendo y se fue a refugiar a Atotonilco, y como suelen suceder las cosas después de tantos problemas, cayó enfermo, de una enfermedad rara, le salió un grano en la cintura, en la parte más baja de la columna vertebral. Le dieron toda clase de remedios y no se curaba. El grano alcanzó un tamaño de 10 cm, la carne se corroyó y se le hizo un pozo tan grande que se alcanzaban a ver las costillas, el espinazo y los intestinos. Por el dolor, el hombre no dormía, se la pasaba quejándose día y noche. Sus dos hijas, Luisa y Minga, se turnaban para que siempre estuviera acompañado.

Las hijas estaban desesperadas pensando que el hombre iba a morir, pero una tarde, llegó un viajero, un hombre alto, blanco, barbado y vestido de blanco a la casa de doña Luisa, donde se estaba quedando don Faustino. Llegó y pidió que, si le hacían el favor de venderle un taco porque tenía mucha hambre, así que doña Luisa como todos los rancheros nunca negaba un vaso de agua y nunca dejaba ir a una persona sin haber comido o almorzado o si la persona se iba a acostar a dormir, nunca dejaba que se acostara sin comer, aunque fuera en la madrugada, se levantaba a hacerle unas tortillas, con su chilito macho, sus semillitas tostadas y sus frijolitos o sus huevitos si había. Llegó ese hombre pidiéndole de comer, a lo que ella de inmediato se dispuso a prepararle comida. Tenían un banco de varas y ahí lo sentaron, mientras le cocinaba un taquito, se escuchaba a don Faustino quejarse.

-¿Qué usted tiene un enfermo aquí en casa? oigo que alguien se queja mucho -preguntó el hombre que había oído los quejidos.

-No sé ni cómo contarle, mi padre está muy enfermo -le dice doña Luisa muy apenada.

-¡Nombre! y ¿qué le pasa a su señor padre?

-Pues que le salió un grano hace tres meses en la columna vertebral, en la mera cintura. Ahora esta acostado boca abajo y pues a veces se mueve y le duele muchísimo, se la pasa quejándose -Le explica ella.

-Señora, fíjese que yo sé algo de medicina de hierbas, si ustedes quisieran confiar en mi yo le podría hacer la lucha a ver si lo puedo curar – le dijo sinceramente el hombre blanco.

-Ay como no señor, se lo vamos a agradecer mucho si le hace una curación a mi padre.

-Mire señora por favor, cósame una olla de agua, bien caliente, mientras yo voy a hacerle una cataplasma, aquí en mi bolsita traigo algunas hierbas, hágame el favor de prestarme su molcajete y consígame unos trapos limpios -le pidió apresurándola.

Llevó doña Luisa al hombre blanco a la cama donde estaba acostado don Faustino mientras mandó a alguien por su hermana para pedirle trapos y ayuda. Éste le empezó a examinar el pozo que se le había hecho, de inmediato se dio cuenta que era una situación grave. Al llegar Minga le presentó al hombre blanco.

-Mira Minga, el señor sabe algo de medicina, es médico.

-No, yo no soy médico, solamente sé preparar algunas hierbas para ciertas enfermedades. Le digo de una vez para que no piensen que lo puedo curar.

-No se preocupe señor, nosotros le vamos a agradecer cualquier cosa que le haga a mi padre -le responde Minga.

El hombre blanco le limpió la herida con un cuchillo cauterizado con fuego y le dijo que le iba a doler un poco, don Faustino le respondió que no importaba, lo que le hiciera no iba a ser más doloroso que lo que ya estaba sintiendo.

Le preparó una cataplasma con las hierbas que tenía en su bolsa, la hizo bola y se la puso donde tenía la herida, vendándole, lo dejaron boca abajo un ratito. Después de dos horas, había hecho efecto el remedio y pudieron voltearlo. Boca arriba, se sentía mejor, después de mucho tiempo don Faustino no sentía dolor. El hombre blanco se quedó a su lado, velándolo toda la noche en una camita de otate. Nadie sabe si durmió o no, ahí lo encontraron al amanecer, sentado, despierto junto al enfermo. Nuevamente lavó la herida y aplicó la cataplasma.

-No será necesario hacer más, con eso iba a sanar don Faustino les informó. Agradeció las atenciones, pero se tenía que despedir, le esperaba un largo viaje, hasta llegar a Petatlán, su hogar a la orilla del mar, su travesía duraría dos meses. Doña Luisa muy agradecida, le preparó muchas tortitas de maíz de masa con manteca y masa de pinole con azúcar para su viaje. Don Faustino también le agradeció su ayuda.

-Muchas gracias doctor, me siento mucho mejor, se me quitó la calentura y me siento bien. No lo quiero ofender, pero yo tengo algunas monedas de oro, quisiera dárselas por las curaciones que me dio – le dijo don Faustino, con mucho mejor semblante.

-No señor, no vengo a cobrarle ni tampoco a pasear, no pasé porque me mandó llamar, pasé porque me agarró de camino para donde voy –respondió tajante el hombre blanco.

-Si usted me hace el favor y si Dios me da licencia que me alivie, quisiera ir a dar las gracias a su casa.

-Pues eso sí se lo voy a aceptar, si usted me va a visitar, lo voy a recibir con mucho gusto allá en mi casa en Petatlán -respondió el hombre blanco con voz más suave.

-Si usted me hace el favor y me da su dirección, cuente con que yo me alivio y de inmediato voy para allá. ¿Qué número es o cómo localizó su casa?

-La casa que vea usted más grande y que esté pintada de blanco esa es mi casa, si usted va a verme, busque la casa blanca – respondió el hombre blanco.

- ¿Y usted cómo se llama? -pregunta don Faustino.

-No señor, tampoco le puedo decir cómo me llamo, usted va a reconocer la casa y me va a reconocer al momento que entre en ella, va a ver entonces quién soy. No hay ningún compromiso que vaya, yo hice las curaciones sin pensar en que usted me iba a pagar, yo no cobro, por eso no se preocupe y si no puede ir por alguna razón, no hay problema.

El hombre blanco, se despidió de todos y siguió su camino. Pasaron tres meses desde la última vez que lo vieron y don Faustino sanó completamente tal y como él lo había dicho. Tan pronto como se sintió con fuerzas, les dijo a sus hijas que iba a ir a visitarlo y se puso en marcha. Tardó dos meses en llegar a Petatlán porque no sabía dónde estaba, en esa época se tenía que preguntar, confiar y caminar. Cuando finalmente llegó a Petatlán, empezó a preguntar dónde había una casa grande y blanca, la gente no conocía a nadie que tuviera una casa grande mucho menos que fuera blanca. Anduvo preguntando en todo el pueblo hasta que encontró a alguien que le indicó que la única casa grande y blanca era la iglesia, pero que ahí no vivía nadie sólo el encargado, sin embargo, lo instó a que fuera a averiguar. Antes de entrar a la iglesia, encontró al encargado y le preguntó por el hombre blanco, pero tampoco lo conocía, le comentó que era una iglesia y que adentro sólo estaba la figura del padre Jesús, nadie vivía ahí. Consternado don Faustino decidió entrar a persignarse y cuál fue su sorpresa que allá estaba de pie el hombre blanco y vestido de blanco, era el mismo que lo curó, estaba delante de él en el altar, se tiró de rodillas, le dio las gracias pues se quedó convencido de que el hombre que lo curó era ese que estaba ahí, el padre eterno, el padre Jesús, el señor de Petatlán.

Después de todo, Dios si pasó por Atotonilco...